

LA AVENTURA DE LA LIBRA

SOBRE las entrañas humeantes de la libra esterlina se inclinan los adivinos para escrutar el porvenir. Es incierto. Una devaluación es como una inyección de aceite alcanforado; su resultado depende de cómo se aproveche el tiempo de respiro, el tiempo de falsa energía que da al agonizante, a la víctima del colapso.

La devaluación produce unos efectos teóricos beneficiosos: un aumento de la exportación directa —ventas de materias primas y productos manufacturados al extranjero— y de las exportaciones invisibles —turismo, remesas desde el exterior—. La devaluación británica de 1949, mucho más espectacular que la de ahora —alcanzó un 30,5 por ciento—, duplicó las reservas del Banco de Inglaterra, hizo aumentar la producción industrial en un 13 por ciento. La francesa del año 1959 cambió el signo de la balanza del comercio exterior, que saltó del déficit crónico a un excedente espectacular. Se frena cierta alegría —cuando la hay— en la salida de divisas hacia el exterior; se contiene, cuando se puede, el exceso de gastos en bienes de consumo en el interior —la Gran Bretaña, en la serie de medidas simultáneas, ha restringido las ventas a crédito, especialmente en los automóviles—, se aumenta la presión fiscal, se reducen los gastos públicos. El ahorro se dirige automáticamente hacia valores de inversión. En una palabra, el dinero se vuelve inteligente y moderado. Estas circunstancias típicas de la devaluación son teóricas y su valor se ha comprobado muchas veces en la práctica.

Pero, al mismo tiempo, la devaluación está llena de riesgos y de problemas. No se pueden evitar ciertos gastos en el extranjero: los países desarrollados deben adquirir materias primas, los subdesarrollados, productos industriales; aumenta el valor en los transportes internacionales, las obligaciones de adquisición estipuladas por los tratados internacionales de comercio deben cumplirse y, por lo tanto, no se puede retener un alza de precios en el mercado interior. Puede ocurrir que no se consiga la retención psicológica del comprador, sobre todo si la devaluación se produce en un momento de euforia y que, al contrario, la nueva desconfianza de éste por futuras pérdidas de su moneda le lleve a una cierta dilapidación. Es preciso un bloqueo serio y grave de los salarios. Aunque el aumento en la producción industrial suele producir una disminución en el paro y, por lo tanto, una mejora social, la retención de los salarios en el momento en que los precios suben puede producir angustia en las clases trabajadoras, que estiman que la devaluación ha favorecido a los fuertes grupos capitalistas industriales exportadores y ha nutrido las arcas del Estado a costa de ellos, que ven disminuida su capacidad adquisitiva o que creen necesario esforzarse en más horas de trabajo para restaurar su situación anterior. La presión social puede convertirse en agitación. Si, para cortarla, se desbloquean los salarios, la nueva carga salarial pesa sobre la industria que, a su vez, tiende a elevar sus precios. Es decir, se entra en lo que se llama «la espiral inflacionista».

La inflación es otro misterio. En otros tiempos se presentaban espontáneamente y por causas mal conocidas: se atribuía a un exceso de circulación monetaria sin paralelo en el aumento de bienes de consumo y, por lo tanto, a un desequilibrio entre la demanda y la oferta; que hacía aumentar los precios de esta última. Hoy los economistas creen que la inflación se puede controlar, y que se domina mediante un cierto equilibrio entre el presupuesto nacional, la fiscalidad y el crédito. Las medidas complementarias adoptadas por Wilson al mismo tiempo que la devaluación se ejercen en esos tres sectores, precisamente: reducción de gastos públicos, aumento de la fiscalidad y una restricción de los créditos. Si la inflación no

es galopante —como, por ejemplo, la histórica de la Alemania de la posguerra de 1918, en que la moneda perdía cada hora la mitad de su valor: de un millón de marcos en circulación fiduciaria en 1915 a 500 millones de millones de marcos en 1923— puede ser beneficiosa en ciertas sociedades.

Los economistas americanos —a partir de la escuela de Keynes— son partidarios de una cierta inflación controlada. La base teórica para ello es la existencia de una escala móvil de salarios que aumente éstos al mismo tiempo que aumenta el coste de la vida, considerando que la expansión que se produce así es beneficiosa, aun a costa de un cierto déficit presupuestario. En los Estados Unidos la escala móvil de salarios hace que éstos ofrezcan hoy un índice de aproximadamente 460, tomando como 100 los salarios de 1939; es decir, que se han multiplicado por 4,6; sin embargo, el coste de la vida ofrece un índice aproximado de 230, es decir, que sólo se ha multiplicado por 2,30. Las escalas móviles de salarios son válidas a condición de que no se juegue con ellas. Ciertos países —la Francia anterior a De Gaulle— tenían tendencia a revisar continuamente los artículos básicos sobre los cuales estaba calculado el índice del coste de la vida, de forma que excluía de la lista los que subían de precio para incluir los que se mantenían iguales o descendían: se creaba, por lo tanto, una impresión ficticia del alza en el coste de la vida y se evitaba su repercusión en el mecanismo automático que debía elevar los salarios. Esta ficción resultaba prácticamente inútil porque el manejo de las cifras puede engañar hasta un cierto punto, pero no engaña a las amas de casa que van al mercado. Aquel manejo produjo en Francia las famosas y terribles huelgas de 1953, la caída del Gobierno y la desaparición para siempre de la política del autor de la ficción, el radical Laniel.

La inflación crea una clase de víctimas: los que dependen de rentas fijas, los acreedores; favorece a los endeudados, a los que trabajan a crédito. En contra de esta teoría americana de dar una cierta libertad vigilada a la inflación, otros países —como la Francia de después de De Gaulle, la Francia de Pinay y de Rueff— sostienen la idea contraria, la de la estabilización: prefieren que la actividad económica sea, si es preciso, más lenta, menos expansiva, pero que se desarrolle con menos sobresaltos.

TODAS estas teorías expuestas son, claro, puramente imaginarias. Vivimos en una época de economismo, de mística de la economía. El lenguaje cerrado y cabalístico de los economistas, el manejo de cuadros, cifras, estadísticas y términos de esos especialistas hacen suponer a la inmensa mayoría de los mortales que se trata de una ciencia exacta y que se mueve dentro de unos dogmas infalibles. Nada más ajeno a la realidad. En la economía hay mucho de intuición, y una fuerte dosis de política. Juegan imprevisibles factores psicológicos, sociales, humanos, climatológicos, especulativos. No hay más que observar la sensibilidad de las grandes Bolsas mundiales, sobre las que influye el discurso de un gobernante lejano, las esperanzas de paz, las posibilidades de guerra, los rumores con mayor o menor fundamento, las primeras páginas de los periódicos, la buena o mala salud de los dirigentes de los Estados, para saber hasta qué punto hay un mundo azaroso e incierto que dirige la economía. Hay grandes inteligencias económicas: se caracterizan por su capacidad creadora para actuar sobre el momento, para comprender la situación y decidir. Lo que ellos llaman «la coyuntura» es un factor variable. Cuando una gran inteligencia económica produce un acierto, se atribuye a elementos misteriosos. El doctor Schacht, ministro de

Por EDUARDO HARO TEGLEN

Economía de Hitler, fue llamado «el mago de las finanzas»: se le atribuía una magia. Cuando se quedó sin trabajo porque su país perdió la guerra, algunos países le emplearon como consejero, y no se sabe de ninguno en el que haya conseguido hacer valer su magia. El levantamiento económico de la Alemania Federal de la última postguerra se ha llamado «milagro económico». Cuando en una ciencia se introducen los términos de «magia» y de «milagro» para significar los éxitos, es que se trata de una ciencia notablemente dudosa.

CON todo esto se puede expresar que la devaluación es una aventura. La alternativa de no devaluar era otra aventura. Devaluar es una aventura dinámica; sostener la moneda, una aventura estática. Wilson había agotado todas las posibilidades de la aventura estática. Si hubiese tenido el empréstito de las grandes bancas que solicitaba, hubiese prolongado más aún su aventura estática: se lo han negado los que una vez llamó «los gnomos de Zurich» y ha tenido que lanzarse a la aventura dinámica. Sus resultados son imprevisibles. Sobre todo, por dos razones: estamos en 1967, y la libra es la segunda moneda internacional del mundo. Es decir, hay una intercomunicación mayor que nunca entre las economías y las políticas de todos los países de Occidente y el movimiento de Gran Bretaña afecta, naturalmente, a todo el mundo. Diez países —entre ellos, España— han devaluado sus monedas hasta el momento en que escribo estas líneas, otros se pueden ver forzados a hacerlo en un futuro más o menos próximo. Las circunstancias en que se desarrolle la devaluación en cada uno de esos países, la forma en que los Gobiernos consigan contener la inflación, o mantenerla controlada en términos moderados y productivos, va a influir entre sí y va a influir también en otros países que hasta ahora se sostienen. Se habla de que si Gran Bretaña no consigue una restauración rápida y eficaz con sus medidas, el dólar americano —que está sufriendo desde hace tiempo grandes ataques, unas veces desde la URSS y otras desde Francia, con la salida o retirada del mercado de lingotes de oro— puede también llegar a la devaluación, con lo que se produciría un confuso período de inestabilidad mundial.

EL drama con que se enfrenta Wilson en el momento de emprender esta aventura, sin duda inevitable, es el de la existencia de una crisis moral en el seno de la Gran Bretaña. Esta crisis moral, o crisis de principios, es antigua. Es injusto atribuirla al laborismo; la ha heredado de los conservadores. Además, es injusto atribuirla al laborismo por la razón de que el laborismo no existe. En esta época en que el excelente desarrollo de las ciencias parece haber igualado los productos que ofrecen al consumidor, en los mercados, unas calidades prácticamente similares y una sola diferencia de etiquetas y de efectos psicológicos —se vende publicidad, se vende propaganda y «simpatía» de unas o de otras marcas—, parece como si este fenómeno alcanzase también a la política, al menos en algunos países sostenidos por viejas instituciones democráticas, y los partidos turnantes se hubiesen comprometido a ofrecer un producto similar con etiquetas distintas. El laborismo en el poder es un grupo de hombres, un equipo, que lleva una etiqueta puesta, una insignia en la solapa, pero que tiene escasa relación con sus fundamentos doctrinales y políticos. Los conservadores ofrecen un semblante parecido.

Más allá, al otro lado del Atlántico, las opciones que se ofrecen a los electores entre republicanos y demócratas, opciones que se deben dirimir en las elecciones de noviembre de 1968 son, como ya ha sido expuesto en estas páginas, tan confusas y tan indiferenciadas que el electorado americano está buscando desesperadamente otras salidas, y esas salidas le inclinan hacia la violencia. La opción en Gran Bretaña como en Estados Unidos es un problema de simpatías, de afinidades con las etiquetas, de tradiciones, de propaganda. La política se está jugando en otro terreno. El disfraz de que la técnica, la ciencia y la economía han hecho inútiles las formas clásicas de la política ideológica sirve para ocultar el centro desde donde se gobierna y desde donde se hace la verdadera política de las naciones. El llamado **establishment** británico, es decir, la coalición entre ciertos grupos de presión, entre los dirigentes de grandes negocios, empresas de prensa, agentes comerciales y políticos de países extranjeros, grandes familias tradicionales, compradores de cerebros —es decir, quienes pagan a científicos y técnicos no para que investiguen libremente en beneficio de la comunidad, sino para que encaminen sus trabajos en mejora de los beneficios industriales— parece dominar los resortes de la política y estar realizando la política por otros medios distintos de los instituidos: es decir, las ideologías, los partidos políticos, el Parlamento con sus dos Cámaras, la opinión pública expresada por las elecciones, la oposición institucionalizada —el jefe de la oposición, en Gran Bretaña, tiene sueldo oficial del Estado— y la discusión amplia y pública de las cuestiones.

ESTA derivación de la política hacia otros medios está creando un importante malestar en el mundo. En Estados Unidos, como queda dicho, la frustración ante el bloqueo de las instituciones y la monotonía del poder se deriva hacia la violencia. En Gran Bretaña se va hacia el divorcio entre grupos vivos del pensamiento y de la acción social y estratos muertos de política roquera y conservadora, representada por hombres al servicio del **establishment**. Algunos observadores británicos han observado ya este divorcio de la **swinging Britain**, de esta Inglaterra oscilante. Para Anthony Sampson, el problema está en la falta de contacto entre las clases dirigentes —las que Gaetano Mosca llamaba «clases políticas», o lo que ahora llamamos **establishment**— y las minorías pensantes que horadan el mundo nuevo de la era científica; considera que los dirigentes no han salido del estadio de «aficionados». Existe, sin duda, el espectáculo de una Gran Bretaña enormemente joven, que se ha despojado con alegría y con eficacia de los viejos harapos de la tradición imperial y que disemina por el mundo desde los nuevos colores, las nuevas líneas y los nuevos sonidos —productos que, por cierto, han ayudado muy considerablemente a sostener hasta ahora la libra esterlina: la minifalda, los discos de los Beatles, las modas de Carnaby Street y de King's Road— hasta una importante manera de ver el mundo: sociólogos, dramaturgos, novelistas británicos están influyendo el mundo; el país tiene un «record» de Premios Nobel de Ciencia; Gran Bretaña suministra a Estados Unidos el mayor número de especialistas de adquisición —el **britain drain**, o drenaje de cerebros—; su técnica tiene un importante peso en el mundo. En esta contradicción entre movimientos creadores jóvenes y conservadurismo, mediocridad y adocenamiento de las clases políticas parece encontrarse el drama del momento actual británico. La crisis de la libra viene a sumarse a la crisis moral que se viene arrastrando desde que el imperio comenzó a caer a pedazos hasta nuestros días.